

MELISANA

es un remedio antiguo.
¿Por qué lo toma la gente
de nuestro tiempo?

climax

C.P.8. 1038



En la vida moderna todo es prisa, ruido, ajeteo... Casi continuamente vivimos en un estado de intranquilidad que puede resultar excesivo para el organismo. A veces éste se resiente y se producen molestias de origen nervioso como malestar general, irritabilidad, dolores de cabeza, mareos, malas digestiones, etc. Estos malestares se alivian con MELISANA, el extracto concentrado de plantas medicinales. MELISANA es de efectos equilibradores para el organismo. Dos cucharaditas de MELISANA tomadas con un poco de agua azucarada, alivian las molestias comunes, de manera natural e inofensiva. Si se toman regularmente, hacen bien a todo el organismo. Por eso usted también puede confiar en MELISANA.

Consulte a su médico.

MELISANA



EL EXTRACTO QUE ALIVIA Y CONFORTA



BON KORETS
le ayudará a conseguir
la silueta que anhela.

grageas **BON KORETS**
tratamiento de la obesidad

Consulte a su médico.

CPS 1441

CINE

al servicio de su majestad

DESDE mucho antes de que se supiera siquiera cuál era la película que la ex emperatriz Soraya iba a rodar para Dino de Laurentiis, había corrido mucha tinta en todo el mundo hablando del que se planteaba como el negocio del siglo. En efecto, antes que nada, se trataba de una fabulosa operación comercial. La enorme inversión que suponía el levantamiento del tinglado tenía los resultados asegurados de antemano. La leyenda de "la princesa de los ojos tristes", mantenida por la prensa internacional, y por la propia interesada en primer término, garantizaba una publicidad gratuita al film y una asistencia masiva del público femenino con su escuela de acompañantes del sexo opuesto.

Cualquier cosa, pues, habría valido. Pero quedaba la cuestión del "prestigio". Prestigio que se imponía en dos vertientes: la de la protagonista y la del productor. De Laurentiis es, en este momento, quizá el hombre de cine más poderoso de Italia. Apoyado por el capital americano, planteándose el cine a la más alta escala industrial, sus películas están siempre concebidas como enormes despliegues de medios materiales, traducidos, unas veces, en el terreno del espectáculo, otras en la concentración de estrellas al frente del reparto o, más frecuentemente, en ambas cosas a la vez. Todo ello dentro de un afán de "calidad", de sobrepasar el mero pasatiempo de miras únicamente "comerciales", sea mediante el recurso a los "grandes temas", a la adaptación de obras literarias prestigiosas o a los servicios de directores con una reputación internacional bien consolidada.

Para el lanzamiento de Soraya como estrella se imponía, pues, el mismo criterio. Y se trataba de ir más allá —sólo aparentemente, pero eso es otra cuestión— del film de escándalo mediante un juego pretendidamente pirandelliano en el que realidad y ficción se interfirieran en una especie de escondite con vocación dialéctica a través de un personaje en el cual los datos de la fábula no hicieron olvidar en ningún momento los de la realidad subyacente. Se habían barajado multitud de temas, todos tendientes al mismo resultado final. Entre ellos, las biografías más o menos noveladas de emperatrices célebres. Y por fin se optó por un tríptico, por una reducida galería de mujeres de nuestro tiempo en las que, de un modo u otro, se pudiesen establecer paralelismos con la intérprete. En el fondo, debería haberse tratado de un documental disfrazado sobre la mujer Soraya.

Pero las cosas no han salido como se pensaba, aunque sí como podía preverse. Del "prestigio" se ha encargado Antonioni, contratado en función de su nombre, para dar a los "exquisitos" un cebo semejante al que para los demás podía suponer el de Soraya. Y Antonioni ha salido derrotado de una empresa que, quizá, dados sus presupuestos, no podía tener otro resultado. Si los otros dos episodios se quedan en muy poco, por falta de lo que debía justificarlos —una actriz—, el suyo constituye un auténtico fracaso, tanto más grave cuanto que puede suponer, en una carrera ya erizada de dificultades y contratiempos, un serio handicap. Después de muchas discusiones sobre el tema a realizar, y no llegando a un acuerdo sobre ninguno de los que la productora, siempre previa consulta a la ex emperatriz, proponía, Antonioni propuso a su vez realizar un documental sobre las primeras pruebas que aquella haría como "actriz". La experiencia pudo haber sido apasionante. Enlazaba con temas ya tocados por el realizador en películas anteriores y en este caso, en que no se trataba sólo del comportamiento de "una mujer", sino del de una mujer muy determinada, las posibilidades eran enormes. Pero Antonioni, que ha resistido contra viento y marea a toda clase de imposiciones, que ha hecho su cine tal como había entendido que debía hacerlo, que ha logrado imponer su criterio con pertinacia tenaz, ha claudicado. O le han hecho claudicar. Parece ser que su episodio, tal como se proyecta, no tiene sino una relación muy lejana con lo que fue rodado y montado por su autor. Las supresiones han sido enormes, incluso se han realizado cambios en el orden y sentido del montaje. Y aunque en la película aparece el nombre de Antonioni como autor del prefacio —no como uno de los directores, como ocurre en la publicidad española—, él no ha cesado en su pretensión de que sea retirado, por no considerarse responsable de lo que ha quedado. Incluso se habla de un proceso al respecto.

El aplastamiento de un creador por las exigencias de la producción no es nada nuevo. Este no es sino uno de sus casos límites, comparable quizá al de un Stroheim hace casi cuarenta años. El "star-system" llevado a sus últimos extremos no podía, racionalmente, dar otro resultado. Si a las exigencias de la actriz-estrella hay que añadir las que en este caso concreto derivan de razones extracinematógráficas por parte de una estrella que no es actriz, todo se explica fácilmente. Y a la hora de las explicaciones no queda más que una válida para todos los elementos aplastados por el film. Sordi, quizá la máxima estrella masculina italiana, se ha visto reducido a un papel gris y sin nervio, que salva más por oposición a la inexpressividad de su pareja que por las oportunidades reales que se le han dado de hacer algo interesante. Harris nada en una total grisce, a pesar de tratarse de uno de los mejores actores de la nueva generación. Todos los elementos, en suma, están como coartados por las exigencias que imponían al film sus particularísimas características. La alineación es total. Y se ha tragado, entre otros, al cineasta que mejor la había expresado en los últimos años.

CESAR SANTOS FONTENLA